

LA VIOLENCIA POLÍTICA DE LOS AÑOS CUARENTA Y SU LUGAR EN EL IMAGINARIO NACIONAL¹

Manuel Antonio Solís
Correo electrónico: *manuelantonio.solis@gmail.com*

Recibido 03/12/2010 - Aceptado 08/03/2011

Resumen

Este texto propone una discusión sobre el imaginario histórico costarricense, y la forma en que éste impide terminar de comprender la violencia política de los años cuarenta. La tesis central es que los costarricenses no podemos dar cuenta satisfactoriamente de dónde salió aquella explosión de violencia. Simultáneamente, plantea el tema de nuestras dificultades para percibir los procesos destructivos gestados en nuestro tejido social. Dificultades asociadas con las representaciones imaginarias del mismo, las cuales, todavía hoy, no han perdido efectividad.

Palabras claves: violencia política, historia, salud mental, imaginarios sociales

Abstract

This text proposes a discussion about the historical Costa Rican imaginary, and the way in which it does not allow for a complete comprehension of political violence during the 1940's. The core thesis is that Costa Ricans cannot realize, in a satisfactory way, where did the explosion of violence come from. Simultaneously, it presents the subject of our difficulties to perceive destructive processes engendered within our social network. Such difficulties are associated with its imaginary representations, which have not yet missed effectiveness.

Key words: political violence, history, mental health, social imaginaries

1. La lectura en clave de progreso

En la historia costarricense del siglo recién transcurrido el año 1948 es clave. Sobre lo acontecido existe una abundante literatura. Retrospectivamente, se podría decir que el interés de las ciencias sociales, y de la sociología en particular, se ha concentrado en los cambios políticos e institucionales acaecidos y en su proyección sobre la segunda mitad del siglo XX. Al colocarse el acento en el declive del llamado modelo

oligárquico exportador y en la constitución de una sociedad modernizada y de mayores oportunidades, articulada por un tipo de Estado designado como benefactor, nuestras reflexiones han quedado fuertemente impregnadas de una idea de progreso y de cambio progresista. Esta idea no es nueva y trasciende con mucho los muros de la academia; estaba ya en 1948, incluso entre la gente que había llevado la peor parte en el conflicto. El 4 de julio de ese año, los dirigentes comunistas presos en la Penitenciaría Central denunciaron en el periódico "Trabajo" las amenazas de muerte que habían recibido por parte de personas integrantes de la Junta de Gobierno encabezada por José Figueres. El artículo llevaba como título "Camino del crimen".³ Lo entonces anunciado se ejecutó parcialmente seis meses después en el Codo del Diablo. Paradójicamente, ese mismo mes de julio, y por el mismo medio, en un artículo titulado "Profundo sentido progresista", los comunistas saludaban la nacionalización bancaria y el impuesto del 10% al capital; las presentaban "como acciones de profundo sentido progresista y merecedoras de todo nuestro apoyo".⁴ Años después, nadie situado en el centro, centro izquierda, o izquierda del espectro político nacional se atrevería a sostener públicamente lo contrario. El adjetivo de progresista se adhirió también a la reforma social impulsada por el presidente Calderón Guardia a principios de la década, así como por las reformas electorales iniciadas por el presidente Picado Michalski en 1945. Todos estos cambios fueron refrendados por la Constituyente de 1949, numéricamente dominada por el Partido Unión Nacional, un agrupamiento que en ese momento tenía fuertes conflictos con la Junta de Gobierno que había decretado la nacionalización bancaria, y que igualmente había adversado el regreso de Calderón Guardia a la presidencia en 1948.

En los años setenta del siglo pasado, los jefes de los bandos políticos que lucharon entre sí en 1948 fueron declarados Beneméritos de la Patria. Uno tras otro pasaron a formar parte del panteón político nacional, incluidos varios de los dirigentes comunistas. Por curiosos caminos los otrora enemigos fueron igualados en la condición de tejedores de las fibras institucionales que sostenían la Costa Rica de la segunda mitad del siglo pasado, y, en ese tanto, como figuras preclaras cuyo ejemplo debía iluminar nuestro futuro.

El conflicto armado de 1948 duró cinco semanas y dejó un número de muertos que todavía hoy no sabemos con precisión cuántos fueron. En unas versiones se habla de 1500 o 2000 muertes, en otras la cifra se coloca por encima de las 3000, en la proximidad de las 4000 muertes. Números pequeños sin compararnos con lo sucedido en otros países vecinos, pero no despreciables. Hace unos años, un psiquiatra estudioso de las catástrofes sociales estimaba que por cada una de las personas que murieron en el atentado de las Torres Gemelas en New York, otras cien personas quedaron afectadas directa o indirectamente, (Benyakar, 2003: 37). Sólo a un altísimo grado de abstracción una muerte se puede imaginar como una desaparición seca y sin consecuencias para otros.

Luego del alzamiento de marzo-abril del 48, hubo tres otros choques armados: uno en diciembre de 1948, otro en abril de 1949, y un tercero en enero de 1955. Se ignoran cuántas personas murieron en total en estas otras ocasiones.

2. Un punto difuso

Llamativamente, los/as costarricenses continuamos hablando de la violencia política de los años cuarenta en forma imprecisa y difusa. Nunca hemos querido ser exactos. Hasta donde llega mi conocimiento de la literatura publicada, no existe todavía una investigación que aborde sistemáticamente el *costo en dolor humano* de aquellos años, algo por lo demás esperable en un país que ha reivindicado una tradición de paz, y que por ello mismo debería esforzarse por entender mejor lo que ocurrió. Sigue existiendo un pesado tabú que nos impide hablar de manera abierta sobre lo que unos y otros se hicieron recíprocamente. Posiblemente por este impedimento, el sufrimiento presente en la base de la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX ha sido un tema sin acogida en las ciencias sociales. No es casual, en lo fundamental, que nuestra vida pública y política se hayan construido evadiendo o disminuyendo esta herida. Se la nombra sin nombrarla, sin darle contornos claros, nombres, o rostros.

Nuestro período violento puso un antes y un después. Sin embargo, no dejó marcas profundas en el mapa político-cultural con el cual nos orientamos los/as costarricenses. ¿Tenemos un lugar al cual acudir para conocer el número de los que murieron? ¿Intuimos acaso que podría existir una relación importante entre la violencia de entonces y la violencia invisible o subterránea que nos ha impedido hacer un duelo colectivo? ¿Sospechamos siquiera que ese vacío podría tener relación con nuestras dificultades para comprender lo que hoy ocurre entre nosotros? La respuesta parece ser siempre negativa.

Tales ausencias se entienden parcialmente porque hubo un encapsulamiento logrado de la violencia política. Sin duda, el fortalecimiento de la institución electoral contribuyó a ello. También fue decisivo el contexto internacional de Guerra Fría, con los alineamientos políticos que propició y los márgenes de acción que abrió y cerró. Por ella, en 1955 se clausuró el espacio para las aventuras armadas que podían tener efectos regionales desestabilizadores, aquel que fue usado por José Figueres, con éxito, y por Rafael Ángel Calderón Guardia, sin éxito. Cuentan además las otras reformas institucionales que se consolidaron: el arco que iba desde el Seguro Social hasta la banca nacionalizada, pasando por los cambios en el sistema educativo. Todas ellas juntas le dieron forma al llamado Estado Benefactor, y alrededor del mismo los otrora enemigos mortales llegaron a sellar acuerdos convenientes. Entre fines de los años sesenta y principios de los setenta cristalizaron un conjunto de intereses en común.

Habría que pensar además en un importante trabajo hermenéutico. De forma exitosa, los hechos de sangre fueron objeto de interpretaciones retrospectivas que les limaron sus cantos más dolorosos y problemáticos. En esta dirección se avanzó por varios caminos. Por ejemplo, desde las ciencias sociales podemos ver cómo lo concreto se volvió abstracto, y lo abstracto llegó a sustituir totalmente la experiencia viva, la cual fue durante mucho tiempo relegada. De los relatos personales pasamos a la lectura histórico-estructural. En aras del conocimiento, nos desplazamos hacia un lenguaje que enfatizaba en procesos, cambios institucionales y luchas entre fuerzas sociales. Por esta ruta, con el Seguro Social y la banca nacionalizada conviviendo en

paz e irradiando efectos sobre la población, los otrora enemigos mortales fueron situados en el imaginario nacional como constructores progresistas y bien intencionados, (Solís, 2006: 264-5). La leyenda dice ahora: cada uno de ellos habría deseado algo bueno para el país; fue una suerte de fatalidad la que se interpuso entre estos hombres. Ellos eran almas afines; ramas distintas de un mismo árbol.

3. Continuidad en la discontinuidad

En otro movimiento, complementario, la Costa Rica posterior al 48, leída como una colectividad democrática (elecciones), pacífica (sin ejército) y “progresista” (instituciones públicas fuertes) se logró empalmar política y *emocionalmente* con el imaginario histórico del país excepcional que venía de *antes* de 1948; valga decir, con la representación arraigada del país pacífico. Logrado este acople, y al anudamiento que posibilita que hoy se hable de una democracia política más que centenaria, la violencia del 48 pudo ser situada como un descarrío excepcional. Fue transformada en una violencia constructiva y no malintencionada, la cual, juzgada por sus resultados, estuvo al servicio de la edificación. Mediante tal operación, la sangre derramada por los odios fue convertida en sangre vertida en un doloroso accidente laboral ocurrido cuando unos constructores bienintencionados pero descoordinados trataron de introducir cambios necesarios en la casa ancestral que nos había dado cobijo a todos. La sangre regada por la violencia fue transformada en la sangre inevitable de todo alumbramiento. Una vez conseguido esto, se debilitó la fuerza de imaginación necesaria para representarnos a esos hombres - a los que les debíamos agradecer el presente - odiándose a muerte e induciendo a otros a odiar y a matar. Por esta ruta se bloquearon las preguntas incómodas, y también la posibilidad de realizar un duelo productivo; valga decir, una toma de conciencia de las vulnerabilidades particulares del diseño social que ha tomado forma a lo largo de nuestra historia.

Así las cosas, quedó poco o ningún espacio para estudios dirigidos a explorar los costos humanos de la fase convulsa. Parecía inapropiado, y hasta morboso, escarbar en la herida supuestamente cicatrizada. Se canceló una oportunidad para revisar desde este particular punto de vista la ideología de la excepcionalidad costarricense. De paso nos ahorramos una de las implicaciones mayores que tal paso podía traer consigo: el poner en duda aquello que nos ha dado identidad. Si los muertos se nos aproximaran con nombre propio y con historia, como personas y no sólo como “caídos”, nos podríamos ver perturbados por preguntas que, eventualmente, podrían debilitar algunos de los supuestos sobre nosotros mismos que guardan todavía vigencia y eficacia práctica. La revisión del pasado irradiaría inevitablemente nuestro presente.

Por los testimonios de las personas implicadas en la violencia de los años cuarenta, o afectada de una u otra manera por ella, sabemos que la sociedad costarricense se cuarteó entonces de arriba hacia abajo. Desde estos escritos notamos que a los agrupamientos socio-estructurales o clasistas con que trabajan usualmente las ciencias sociales se les tendrían que agregar otras dimensiones. Sólo así podemos aproximarnos a la textura y las características de aquella lucha política, al mundo

social que se desgarraba con ella. Las formas de ruptura de un orden social dicen algo fundamental de aquello que lo organiza. Sin embargo, nunca le hemos dado el lugar apropiado al dato elemental, presente en casi todos los testimonios, de que personas unidas por lazos de sangre, parentesco, amistad y vecindad estuvieron en posiciones políticas encontradas, y de que muchas de ellas se vieron y se trataron como enemigos, y de haber existido la ocasión, se hubiesen matado. Algunos lo hicieron. Muchos vecinos y conocidos llegaron a odiarse y hacerse daño, a pesar de que se encontraban condiciones materiales de existencia muy semejantes. Otras cosas, además de las diferencias políticas, tuvieron que activarse para dar este resultado. Todo esto dejó huellas emocionales de las que todavía hoy hay vestigios claros; de cuando en cuando vuelven a salir a flote en forma de acalorados debates públicos.

4. Violencia y salud mental

Una idea indirecta e incompleta de la forma en que se tensó el tejido social y de sus efectos sobre la salud mental la podemos derivar de los expedientes médicos del Hospital Nacional Psiquiátrico.⁷ Se trata de una fuente limitada que tiene que ser complementada con otro tipo de información, pero en la cual encontramos pistas muy sugerentes. La decisión de explorar esta fuente no es ajena a lo antes dicho, a saber, a la convicción, en buena parte verificada, de que mucho del sufrimiento relacionado de manera mediata o inmediata con los acontecimientos políticos ha quedado sumergido y ha sido privatizado. Ha quedado como desgracias que le sucedieron a una u otra persona, pero no han sido hilvanadas como expresión de una situación política y de la forma de agrietarse de un diseño social particular. Desde los expedientes psiquiátricos se nos abre un cuadro muy complejo. Me voy a referir someramente a tres dimensiones del mismo.

Por los testimonios disponibles sabemos que las circunstancias políticas crearon un clima de amenaza, incertidumbre y miedo que tuvo efectos emocionalmente desestabilizadores sobre la población, a la vez que moldearon la situación que predispuso a las personas para la violencia.⁸ Desde este punto de vista, el material testimonial existente merece estudiarse por sí mismo; en él encontramos evidencia abundante de las penas y sufrimientos de personas de distintos sectores sociales.⁹ Sin embargo, cosa que no debe extrañar, a pesar de todo lo que comunican, sobre los testimonios gravitan también censuras de distinta naturaleza. Por ejemplo, excepto en un caso, nadie se atreve a hablar directamente de enfermedad mental (Muñoz, 2001; 281-285). Las alusiones que hay son evasivas y fugaces; lo usual parece ser la omisión sistemática de este punto.

Las cosas son un tanto más complejas. Desde los expediente hospitalarios encontramos que el polarizado clima político-emotivo llegó incluso a penetrar los delirios de personas que habían estado internadas por muchos años, consideradas al margen de la realidad o sin contacto con ella. Los delirios de algunos de estos seres humanos convertidos en pacientes crónicos del Psiquiátrico tuvieron unos contenidos *antes* de que la polarización política escalara y *otros* en el curso de la misma. Brujas, demonios, santos, espíritus, fueron durante algún tiempo desplazados por

los personajes políticos en conflicto o por motivos políticos presentes en el ambiente. La intensidad del conflicto cruzó los muros más gruesos de la institución total de Goffman (1970: 25-0). Esto es algo que nos hace pensar en la situación de aquellas otras personas que vivieron el momento en la inmediatez. Tenemos ejemplos documentados de personas que en la proximidad de los sucesos recayeron en sintomáticas que años atrás las habían llevado una vez al hospital, pero que desde entonces nos se habían vuelto a presentar con la intensidad para hacer necesario un nuevo internamiento. Uno de estos pacientes se transformó delirantemente en un guerrero poderoso que derribaba aviones con una ametralladora; otro más, alguien que coyunturalmente tenía un rango militar, fue presa de una gran angustia que lo hizo pensar en el suicidio; otro se transformó delirantemente en un militar de alto grado y se comportaba como suponía que los jefes militares debían comportarse. Hubo además personas que habían pasado antes por el hospital con padecimientos diversos (depresiones, problemas adictivos, e incluso con síntomas psicóticos), que luego, cuando se les dio la salida, se incorporaron inmediatamente a la lucha política e incluso tomaron las armas. Uno de estos hombres, una persona que había llegado al Psiquiátrico por una problemática alcohólica y que luego se unió a los alzados en armas, decía durante su estadía en el Chapuí que “quería que lo mataran”. Por lo menos en un par de casos documentados hay razones para sospechar que el paso al acto, es decir, el activismo político, pudo haber ayudado a alejar en el tiempo el siguiente internamiento.

En la inmediatez de la violencia política encontramos personas que serán enviadas al Psiquiátrico. Hay casos diagnosticados como “neurosis de guerra”. La categoría “neurosis de guerra” se empleó entonces sin mayor precisión; se había vuelto a actualizar en la literatura médica con la Segunda Guerra Mundial. Hubo además gente que llegó al hospital *inmediatamente* después de alguno de los momentos de violencia en la que tomó parte activa con síntomas de un padecimiento que, a partir de ese momento, los iba a acompañar por el resto de sus vidas. En algunas de estas personas se reconocerán conductas previas que anunciaban la conflictividad que se abrirá después de su participación en la lucha armada, pero que hasta ese momento estaba contenida dentro de ciertos límites. A una de estas personas se le describe como un “tanto alocada” o “excéntrica”, pero para todos los efectos, “normal”.

En la periferia de este segundo grupo aparece gente que, sin estar involucrada activamente en la lucha política o en la violencia, llega al hospital con cuadros de ansiedad y de depresión, con sintomáticas que son interpretadas por los médicos como una psicosis, y que algunas veces efectivamente lo son. Hay además razones para pensar que durante un tiempo, y para algunas personas, las paredes del Chapuí se convirtieron en un refugio seguro.

Hubo igualmente gente que al perder su lugar social y su forma de ganarse la vida se derrumbó psíquicamente. Aquí aparece un grupo de personas llegadas al hospital a principios de 1948, cuando empiezan los despidos como consecuencia de las medidas políticas represivas dictadas por la Junta de Gobierno, y hay gente que se derrumba emocionalmente después de regresar de los países en que se habían exiliado.

Y por último, están las personas que ingresan al hospital algunos años más tarde, en razón de problemáticas que se abrieron o cobraron fuerza con la lucha política y con sus resultados. Un motivo frecuente son las problemáticas adictivas.

Un tercer agrupamiento nos lleva a lo que sucede con algunos de los hijos e hijas de estas familias involucradas en los acontecimientos. Aquí encontramos niños y niñas que resentirán de por vida escenas y situaciones que les tocó presenciar o vivir, incluida la muerte de un ser querido. Niños y niñas que cargarán por el resto de su vida con las consecuencias de hechos que ocurrieron cuando se encontraban en el vientre materno y que marcaron la historia familiar de una forma indeleble, por ejemplo asesinatos, desplazamientos, y pérdidas.

Repetidamente a lo largo de los años cincuenta, sesenta y setenta encontraremos personas que pelearon en 1948 o 1955, las cuales ingresan al Psiquiátrico con problemáticas adictivas. Algunas presentaban delirios en las que regresan las personas que mataron o escenas de muerte que les tocó presenciar. El alcoholismo es una de las constantes más llamativas entre la gente que estuvo en la proximidad de la violencia; un par de veces se puede incluso identificar con precisión que la ingesta se inició en el año 1947 o 1948; en otras que era una problemática anterior, que se agudiza en el contexto del conflicto. Algunos ejemplos sugieren que la alcoholización fue frecuente entre los perdedores, pero que estuvo también igualmente presente entre los vencedores. No sería inexacto decir que la Costa Rica de la segunda mitad de siglo no sólo fue parida con sangre sino también parida en un estado de semi-embriaguez, algo que dice mucho de la gente que se enfrentó y también de los encuadres que se dieron. Recordemos tan sólo que del lado gubernamental no peleó un ejército propiamente dicho, y la gente que se sumó al alzamiento dirigido por José Figueres nunca llegó a conformar un cuerpo con la disciplina de un ejército. Las disposiciones agresivas que usualmente suelen conseguirse mediante el entrenamiento y la disciplina militar, o en razón de un encuadre político-militar, fueron alentadas con la ayuda del alcohol. En varios testimonios donde se relatan acontecimientos particularmente crudos se menciona que los agresores actuaron alcoholizados.

Un dato interesante en la información hospitalaria es que a veces, no siempre, los acontecimientos políticos son nombrados en los expedientes pero no se integran en la valoración clínica de las personas. Un hombre del cual sabemos que asesinó en una situación que no era de enfrentamiento llegó al hospital después de lo que parece haber sido un intento suicida. Ve a quienes mató y dice que le gusta matar. Su caso fue diagnosticado como una neurosis de guerra. La información sobre las muertes que él mismo dio fue desestimada por los médicos; en consecuencia, se le trató como a un alcohólico que se debía desintoxicar; salió supuestamente curado a las dos semanas. Esto no es ajeno a lo que era la Psiquiatría en aquellos años y a los modelos clínicos que se tenían, pero muestra la forma en que el gremio médico quedó implicado en el conflicto político; algo que, me parece, no ha sido indagado con detenimiento.

Desde las ciencias sociales nos siguen faltando palabras para explicar cómo coaguló la hostilidad que dividió el país. Sin duda aquella era una situación que expresaba un conflicto de intereses y lucha de poder. Al respecto no hay discusión, pero,

¿qué otras cosas se habían constelado para que la gente optara por la violencia, para desconocer a los próximos? ¿Qué encuadres institucionales favorecieron la violencia abierta, y qué conflictos subjetivos más profundos se movilizaron o evacuaron en este momento? Tuvo que ocurrir una particular alineación de astros muy distintos.

5. Problemas abiertos

Los internamientos psiquiátricos en la proximidad de personas particularmente beligerantes y comprometidas abren un sinnúmero de preguntas sobre el mundo social del cual salieron los activistas y luchadores de los distintos bandos. La institución familiar en particular, reivindicada de una u otra manera por todos los bandos, queda colocada bajo otra luz nada positiva. De ella salió una parte importante de la hostilidad que se enlazó con la lucha política, y se sumó a la que esta última generó por sí misma.

Incluso hay elementos para suponer que el imaginario del país pacífico posiblemente contribuyó a la dinámica trágica en tanto que cada bando apeló a algo positivo o “puro” que debía ser defendido o conservado, incluso con violencia. En todos los bandos enfrentados existió una veta conservadora y desde ella se justificó el uso de la fuerza contra un rival investido con atributos que legitimaban la agresión. Hay distintos indicios de que los rivales políticos fueron vistos como unos seres diabólicos que perturbaban un mundo de paz (Cordero, 1948: 24-38). Este lenguaje de procedencia religiosa aparece incluso en las resoluciones de los Tribunales Especiales, creados por la Junta de Gobierno en mayo de 1948.

El imaginario del país “sucursal del Paraíso Terrenal”, (Albertazzi, 1987: 59) presente a finales de los años treinta, o la metáfora del “país oasis” (Cañas, 1982: 9), empleada a principios de los años cincuenta para referirse al país antes de la convulsión política, daban como bueno un orden jerarquizado, donde había un gran espacio para el uso arbitrario del poder. Ese orden lo coronaba un presidencialismo apuntalado por una cultura política caudillista y patriarcal, la cual articulaba también la vida privada y la cotidianidad. El orden público y la vida privada convergían en la representación de una colectividad que funcionaba como una gran familia a cuyo frente estaban unos padres-jefes encargados de velar por su bienestar, una mujer subordinada y no ciudadana, entregada a los deberes familiares, y unos hijos e hijas, reales y simbólicos, siempre considerados menores de edad desde la perspectiva del patriarca-jefe.

La imagen de la sociedad, que era una familia y funcionaba como tal, fue un destilado de la experiencia social del Valle Central y su periferia, y parece haber sido un elemento central del llamado proyecto socialcristiano de 1940 y del llamado proyecto socialdemócrata de 1948. Común a ambos era una idea de jerarquía: la presunción de que unos (los jefes-dirigentes-caudillos) sabían lo que les convenía a los otros y debían por ello ser acatados. Esto aunado a una noción muy limitada de la vida y la responsabilidad ciudadana.

Un eslabón clave entre las tensiones estructurales presentes después de la crisis de 1929 y el clima de creciente violencia política de los años cuarenta es la institución del gran hombre rodeado por un séquito de amigos y seguidores unidos por lazos

de fidelidad y apoyo recíproco. Aquella era una *democracia caudillista*, para emplear las palabras de Max Weber, (1981: 150) o como también se decía entre nosotros, una *democracia patriarcal* (Martínez, 1939: 56-57). En ambos casos, el adjetivo es de inmensa importancia en tanto que condiciona y reduce el sustantivo calificado.

En el despliegue de los acontecimientos políticos la representación de la democracia caudillista o patriarcal tuvo un peso difícil de ignorar. Al mismo tiempo que el presidente Calderón Guardia era denunciado como un jefe-*padre fallido* por los jóvenes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, hubo quienes vieron en él a un *padre protector*, cuyos atributos singulares los había proyectado magnánimamente al campo de la política social. Como contraparte, entre 1946 y 1948 la oposición política se reagrupó levantando la imagen de un patriarca que había sucumbido luchando por el progreso y por una tradición noble y positiva. Así, la muerte natural de León Cortés fue transfigurada en un parricidio que debía ser vengado por sus hijos, al mismo tiempo que ellos vengaban sus afrentas particulares. Con el motivo de la venganza y la figura paterna devaluada o sobrevalorada, mucha gente dio el paso hacia la violencia.

Cuando hablamos del malestar social presente en los años cuarenta pensamos automáticamente en el deterioro de las condiciones de vida después de 1929, y en los factores político-estructurales que bloqueaban el crecimiento económico. Pero, al observar la forma en que se resquebrajaron los vínculos humanos, sobre todo los de proximidad y sangre en todos los estratos sociales, tendríamos también que pensar en un malestar gestado en los entretelones de ese mundo patriarcalmente ordenado, puntal y referente del orden político caudillista.

Nuevamente, los expedientes psiquiátricos de algunos connotados beligerantes sugieren que no pocos de esos hombres dispuestos a matar y dejarse matar eran seres con importantes carencias afectivas, crecidos a la sombra de padres que frecuentemente igualaban la masculinidad con la parquedad afectiva y la hosquedad, y el amor y el respeto con la obediencia ciega, así como personas con figuras maternas que no estaban en condiciones de compensar estas carencias. De este encuadre brotaron necesidades de verificar o poner a prueba la hombría y el valor con bravuconadas culturalmente aceptadas. La violencia política creó en este sentido un escenario mayor para estas pruebas político-viriles.

Varias veces los internamientos en las familias de quienes tomaron las armas, de hermanos y hermanas por ejemplo, nos ayudan a entender mejor que la participación en la violencia pudo haber tenido también una función psicológica, y podría tomarse como un síntoma de un malestar de pequeño grupo, sin que ello anulase los motivos o intereses para la adhesión convencida a una causa o a un hombre, o en contra de una causa y de un hombre. En la cercanía de algunos personajes que tomaron decisiones de peso y actuaron políticamente con consecuencias decisivas encontramos esposas, hijos e hijas que estaban siendo ingresadas al Psiquiátrico en ese mismo momento. En algún caso se puede pensar que hubo decisiones de gran importancia que se tomaron en momentos personales críticos, con todas las implicaciones. La revisión pormenorizada de algunos de estos ejemplos nos lleva algunas veces a otros

internamientos previos en las familias y clanes, y a la evidencia de malestares íntimos acumulados.

La lucha política tuvo también, como un telón de fondo, una situación de malestar subjetivo. A lo largo de los años treinta y cuarenta, la población internada en Psiquiátrico creció continuamente y llegó a sobrepasar las limitadas posibilidades de la institución. La reforma social que creo el Seguro Social no tuvo ninguna consecuencia para el Psiquiátrico; de hecho, la salud mental no estuvo nunca en los ojos de ninguno de los dos jalones reformadores de la década.

Una manera de enfrentar la demanda sostenida de espacio en el hospital fueron los procedimientos convulsivos. A los recursos disponibles desde mediados de los años treinta se sumaron en 1943 los electrochoques. Ya a finales de los años treinta el uso de las técnicas convulsivas (basadas en el uso del metrazol o cardiazol y la insulina), y luego de los electrochoques, llevó a que el personal del Psiquiátrico se mostrase orgulloso con sus "éxitos curativos" (Junta de Protección Social, 1944: 78). De tal manera, el malestar supuestamente curado (léase: los síntomas aplacados) regresaba al tejido social, de donde había salido. Hipotéticamente podemos suponer que una parte de ese malestar atenuado por la fuerza fue recapturado por la dinámica política; otra parte pasó a formar parte de un estado espiritual más extendido, y de esa manera puso su grano de arena para que no se advirtieran a tiempo las implicaciones potencialmente destructivas de los caminos que se estaban tomando. A esto tendríamos que añadir el malestar movilizado y potenciado por la lucha política misma, parte del cual llegó posteriormente, en forma escalonada, al Psiquiátrico.

La presión creciente sobre el Psiquiátrico en la última década de la primera mitad de siglo abre la posibilidad de especular sobre el peso de la carga genética y la herencia, como lo hacían los médicos de la época. En los hechos esta hipótesis significaba tan sólo que para una determinada sintomática se buscaban rastros en la historia familiar, y una vez encontrados, se confirmaba lo supuesto. Pero también plantea la discusión sobre las estructuras familiares, las jerarquías establecidas por el poder y las formas de interacción; y a otro plano, las implicaciones psico-culturales de las prácticas endogámicas en un país con una población muy pequeña y concentrada en un pequeño territorio. Rodrigo Facio, cuenta Alberto Cañas, solía hablar "*del gran incesto costarricense*" (Cañas, 2006: 141). Además de funcional para la reproducción del orden cafetalero, las dinámicas endogámicas cimentaron la representación de la sociedad como una gran familia, aportando evidencia empírica palpable. Desde un punto de vista psicodinámico, éste puede ser un dato importante para entender los conflictos y patologías presentes en la familia patriarcal, idealizada como modelo de orden y de estabilidad. Uno de los motivos para fundar el Hospital Psiquiátrico a fines del siglo XIX fue la conciencia de que los conflictos privados saltaban los muros de las familias y los clanes y se desbordaban hacia las calles, hacia la vida pública. Esto ocurría en todos los niveles de la pirámide social.

Los/as costarricenses tenemos una gran dificultad para entender las dinámicas endógenas que nos pueden llevar por caminos penosos, improductivos o abiertamente destructivos. Si el año 48 es aleccionador, lo es, entre otras cosas, porque una

parte importante de la energía que entonces nos dividió violentamente se acumuló también en aquellas instituciones que han sido piezas claves de un imaginario social positivo. Ante la imposibilidad de encontrar convincentemente un agente externo al cual responsabilizar de lo que entonces ocurrió, algo que se intentó hasta cierto punto colocando a los comunistas en el lugar del chivo expiatorio,¹⁹ y además ante la dificultad de situar claramente el origen de esa violencia en nuestro propio tejido social, dado los resultados de las reformas durante los años dorados del Estado Benefactor, una solución satisfactoria fue la de la co-inocencia: todos los que convocaron la sangre habrían tenido algo de razón; en su horizonte estaba el bienestar de la nación. Se les elevó. A la vez, se impuso la idea de cambio progresista. Con ella viene la figura de un patriarcalismo progresista y de una democracia patriarcal, representaciones todavía hoy no desaparecidas.

Notas

- 1 Una versión anterior de este texto fue presentado en las VI Jornadas de Investigación del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, en el mes de octubre del año 2010.
- 2 *Trabajo*. No 5. Julio de 1948. En: Archivos Nacionales. Tribunal de Sanciones Inmediatas. R 1660. Remesa 46.
- 3 *Trabajo*. No 4. Julio de 1948. En: Archivos Nacionales. Tribunal de Sanciones Inmediatas. R 1660. Remesa 46.
- 4 Los expedientes del Hospital Nacional Psiquiátrico se han recuperado en el contexto de un trabajo mayor sobre la salud mental y la violencia política de los años cuarenta desarrollada por el autor en el Instituto de Investigaciones Sociales. Se ha trabajado los expedientes hospitalarios de los años treinta y cuarenta del siglo pasado y en lo posible se ha buscado realizar un contraste con el material testimonial publicado. Las referencias que haré a la documentación psiquiátrica aparecen desarrolladas en un trabajo que se está concluyendo, el cual se publicará en un futuro próximo. Para información más precisa remito al mismo. Por ahora me limito a dar una pincelada de lo que he podido entrever en esta fuente.
- 5 A la fecha, la literatura testimonial ha crecido considerablemente, pero, a mi entender, no ha sido recuperada sistemáticamente en la literatura académica. Una lista incompleta y ya desactualizada de los textos testimoniales aparece en: Solís, 2006: 250 y siguientes.
- 6 Una contribución particularmente valiosa es la de Muñoz, 2001.
- 7 Sobre el chivo expiatorio y su función ver Girard, 2002.

Bibliografía

- Albertazzi, José. *Don José Albertazzi y la democracia costarricense*. San José: UACA, 1987.
- Benyakar, Mordechai. *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante las guerras, terrorismos y catástrofes sociales*. Argentina: Biblos, 2003.
- Cañas, Alberto. *Los Ocho Años*. San José: EUNED, 1982.

- Cañas, Alberto. *80 años no es nada: memorias*. San José: EUCR, 2006.
- Cordero, Oscar. *Diario: ecos de una revolución*. San José: Imprenta Española, 1948.
- Girard, René. *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- Goffman, Erving. *Internados. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales*. Argentina: Amorrortu, 1970.
- Junta de Protección Social de San José. *Asilo Chapuí. Resúmenes estadísticos y comentarios correspondientes a los bienios 1936-1937, 1938-1939, 1940-1941*. San José: Imprenta Borrásé, 1944.
- Martínez, Fernando. *León Cortés a través de su correspondencia. Apuntes biográficos y discursos*. San José: S.e, 1939.
- Muñoz, Mercedes (Editora). *Niños y niñas del 48 escriben*. San José: EUCR, 2001.
- Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo*. San José: EUCR, 2006.
- Weber, Max. *El político y el científico*. España: Alianza, 1981.